

ARQUEOLOGÍA Y CONTEXTO HISTÓRICO

Yelo Templado, A.
Fac. Letras. U. de Murcia

ENGLISH SUMMARY

Faithful interpretation of the archaeological record has to take account of both the written sources and the nature of that geographical area which is the object of study. Reference is likewise made to the necessity for critical analysis of those Christian pseudo-traditions which formed the basis for later religious traditions.

«Los datos más antiguos —«palaítora»— imposibles de investigar por la magnitud del tiempo transcurrido y que se pueden suponer a base de indicios en este examen de lo más remoto» son la arqueología en las *Historias* (I,I) de Tucídides en referencia a todo el material anterior a la historia que él se proponía narrar. Heródoto estudia en esa misma fase un acervo informativo de carácter casi universal anterior a las Guerras Persas y Dionisio de Halicarnaso el anterior a las Guerras Púnicas, titulándolo *Arqueología Romana*, como para la Península Ibérica el período anterior a la Segunda Guerra Púnica se hubiese titulado *Arqueología Ibérica*. En el siglo XIX la arqueología asumiría su carácter de ciencia autónoma, que con sus métodos específicos de excavación, clasificación e interpretación de restos materiales tiene como fin la reconstrucción de la historia de la Humanidad. No como auxiliar (denominación impropia frecuentemente usada), sino como socia inseparable de la historia, las dos se complementan necesariamente: la historia recurre a la arqueología ante la carencia de documentos escritos y especialmente para su comprobación cuando éstos son estudiados; la arqueología se enriquece con su integración en el marco histórico y naturalmente lo exige. Con esta integración del dato escrito y del dato arqueológico la investigación histórica completa su proceso de elaboración.

La interacción historia-arqueología es esencialmente

dialogante, agotando la gama completa de formas adverbiales: lugar, tiempo, modo, cantidad, comparación, orden, afirmación, negación, duda. La ciencia histórica actual es el resultado de este fecundo método de investigación. Por su propia naturaleza a todo resto arqueológico corresponde siempre un cierto contenido histórico en cuanto delata la presencia del hombre y sus formas de vida; sin embargo, la referencia a datos históricos trascendentes supone siempre una investigación compleja y el uso de principios exegéticos garantes de objetividad. Esta exégesis comprende desde la autentificación de una escueta noticia histórica, como la identificación de una colonia, una «mansión» viaria o un obispado, hasta la de un amplio escenario de importantes sucesos históricos. La dialéctica historia-arqueología es el instrumento privilegiado de la crítica histórica: aquí son examinados artificios literarios que extorsionan la realidad y no caben en el contexto arqueológico, se enmarca el dato en el espacio y el tiempo evitando extrapolaciones y anacronismos o interpretaciones hipotéticas, infundadas, acaso ridículas, que por cierto componen un largo capítulo de la historia de la investigación.

Cada uno de los procesos de investigación en su desarrollo aparece dentro de coordenadas y situaciones especiales, que obliga a evitar todo tipo de clasificación, inclinando más bien a analizarlos bajo una especie de casuística.

Hablando de casuística, conviene anotar que a ella se reduce el presente estudio ejemplificando de forma casi anecdótica algunos de estos procesos, dando preferencia a los del ámbito geográfico más próximo a esta disertación después de aludir de forma general a los universalmente conocidos.

El hombre de todas las épocas se ha sentido interesado por identificar objetos o lugares vinculados con sus tradiciones religiosas o patrias. Ya los antiguos babilonios y egipcios notaron la atracción por el misterio del pasado y las excavaciones y el coleccionismo fue un capítulo de su vida cultural. Tucídides (*Historias* I, 8) menciona una excavación en 426 a.C. con motivo de la purificación de Delos donde «se exhumaron todas las tumbas que había en la isla y más de la mitad fueron identificadas como de carios, reconocibles por el armamento enterrado con ellos así como por la manera que aún tienen de hacer los enterramientos».

La práctica de la excavación y el interés arqueológico ha sido una constante en torno al argumento histórico. Rufino y Sozomeno describen el hallazgo en Jerusalén, tras penoso trabajo de excavación, de una profunda cámara donde aparecen desordenados los presuntos maderos de las tres cruces izadas en el Gólgota. Al interés de la filología clásica por el estudio de textos de contenido histórico se deben importantes realizaciones dentro de la arqueología: el texto de Plinio el Joven (*Cartas* VI, XVI 4-20) sobre la erupción del Vesubio (79 d.C.) debió atraer durante siglos la atención de los eruditos hasta el hallazgo de Herculano (1711) y los primeros intentos de excavación en Pompeya (1748), que llevarían a las excavaciones sistemáticas de las ciudades sepultadas.

Ninguna figura tan ilustrativa para el tema de estudio como la de Heinrich Schliemann: la epopeya homérica fue la quimera de su vida, que para él no podía ser mero relato mitológico. Tras amasar una considerable fortuna se lanzó a la empresa arqueológica, famosa entre todas, como fue la excavación del tell Hissarlik (1871-82) y Micenas (1876). En Egipto y todo el Oriente Próximo un extraordinario contexto histórico junto al afloramiento privilegiado de vestigios arqueológicos han atraído la atención de los grandes especialistas, lo que ha permitido desde inicios del siglo XIX una labor arqueológico-histórica ininterrumpida. Grecia, cuna de la historia y con el contexto histórico más rico de la antigüedad, ha merecido también la más rica secuencia de investigaciones y puede afirmarse que es el suelo más excavado del mundo antiguo. Desde que De Rossi descubriera en 1849 las catacumbas calixtinas hasta los trabajos más recientes del Foro y del Capitolio el tema de *la Roma cristiana y el de sus orígenes*, inmortalizado por la Eneida, con todos los capítulos de su larga historia se ha convertido en un coloquio fecundo de autores antiguos y restos arqueológicos.

EN LA ESCUELA DE SCHULTEN

Adolfo Schulten (1870-1960) es el padre de la arqueología española y el autor de *Fontes Hispaniae Antiquae*, en una mano las herramientas para remover las páginas del suelo y en otra los textos antiguos en una colección casi exhaustiva. Dos muestras famosas de investigación histórico-arqueológica, Tartessos y Numancia, llenan la vida de este hombre incansable. Treinta años dedicó a la ubicación de Tartessos, disponiendo para su proyecto de una serie de referencias de autores antiguos, de diverso valor y grado de precisión, pero suficientes para señalar un espacio geográfico determinado, cuyo suelo él pudo registrar; no obstante, la ubicación de la presunta ciudad se desvanecía repetidamente. Tal como se recreaba en la época augústea el reino de Tartessos con sus fortificaciones, templos y palacios «se había transformado en su doble dimensión histórico-arqueológica en el mayor problema de la ciencia histórica occidental»¹. Inopinadamente las respuestas negativas de la arqueología fueron precisamente las que aportaron la base para una nueva visión historiográfica trascendental, obligando a la reinterpretación y crítica de textos y descubriendo una importante civilización materializada en formas lo suficientemente originales para ser denominada tartésica.

Ante sus campañas de excavación en Numancia confiesa expresamente el mismo Schulten la función interdisciplinar deductiva y comprobatoria de textos y arqueología: «la descripción topográfica de Numancia hecha por Apiano, que ya estudié durante el invierno de 1901-1902, es el punto de partida de mis estudios de Numancia». Durante siglos «la memoria de la antigua ciudad se había extinguido» —en el siglo X el obispo de Zamora se titulaba «episcopus numantinus»— y «sólo en el Renacimiento, cuando volvieron a ser leídos los autores antiguos, llegó a ser conocido el verdadero lugar de Numancia»². En este caso se recurría a la topografía como factor determinante para la identificación y ubicación del lugar de Numancia y dos requisitos habrían de avalar la descripción topográfica de Apiano: siendo él transmisor del texto de Polibio, cuyo viaje a Numancia tiene pocos visos de probabilidad, o bien del de Rutilio Rufo, había que apostar por una fidelidad informativa frecuentemente inexacta en situaciones similares; por otra parte, la misma estructura topográfica descrita debía reunir características específicas, por las que se reconociera con rasgos propios e inasimilables con otros puntos de ubicación. De todos modos, el 12 de agosto de 1905, a las pocas horas de haber comenzado la excavación, Schulten se precipitaba a anunciar alborozado: «¡Numancia,

1 MALUQUER DE MOTES, J.: *Tartessos. La ciudad sin historia*, Barcelona 1970, pp. 7-18.

2 SCHULTEN, A.: *Numantia*, 1914. Las citas son de *Historia de Numancia*, Barcelona 1945, pp. 54, 260 y 261.

la inmortal había aparecido!...aparecían ya bajo los muros romanos inequívocos testimonios de la ciudad ibérica: aquella capa roja con adobes y vasos ibéricos pintados...»³ Doce días más tarde se levantaba en el cerro de Garray el obelisco inaugurado por Alfonso XIII. Con la aproximación topográfica y la apreciación de restos prerromanos parecía evidente la conclusión, habiendo quedado pendiente una prueba epigráfica.

La epigrafía ha sido un factor decisivo en la identificación de importantes yacimientos arqueológicos, que habrían quedado sepultados en el anonimato o en la sombra de atribuciones hipotéticas. Abundan por doquier yacimientos sin nombre y topónimos que vagan sin encontrar fijación. Este era el caso de Begastri. Por la llamada «Hitación de Wamba» y por el texto de la «Capitulación de Tudmir» era posible su ubicación dentro de las provincias de Murcia o Alicante en un punto indeterminado, que para ciertas mentalidades había de coincidir necesariamente con la capitalidad civil o eclesiástica actual. Cascales⁴ titularía la segunda parte de su obra: *Historia de Murcia dicha por los godos Bigastro*. Sin el descubrimiento en el Cabezo de Roenas, próximo a Cehegín (Murcia), de dos inscripciones de altares dedicados por obispos begastrenses y, sobre todo la de «Iovi Optimo - Maximo R(es) P(ublica) - Begastresium restituit» el error histórico se hubiese transmitido con asentimiento general. A pesar de tales testimonios evidentes, se excogitó la visita circunstancial de un obispo consagrante desde un Begastri ubicado en los restos de la basílica de Algezares⁵. Las inscripciones de Cehegín sacaban a luz un siglo especialmente oscuro de la historia regional con la presencia de los obispos begastrenses en las sesiones conciliares de Toledo. Nadie se hubiera preocupado de identificar uno de los «oppida» bastitanos de la *Geografía* de Ptolomeo (II,6,60) sin otra inscripción de la «Res Publica Assontanorum»⁶ de Las Cuevas, próximo a Caravaca (Murcia), y relacionada con restos de especial monumentalidad.

En las últimas décadas del siglo XIX llamó la atención de los eruditos un pasaje de la *Kitab al-Dja 'rafiyya* del entonces conocido como «Anónimo», el chorógrafo árabe Zuhri, que en el año 1154 seguía el curso del río Segura y describía admirado el largo y estrecho tajo del río por Almadenes en la proximidades de Cieza (Murcia). El interés lo suscitaba una noticia histórica sobre una ciudad, cuya ubicación era todavía tema de un largo debate. La

descripción topográfica correspondía en varios de sus elementos a un punto geográfico perfectamente inconfundible y, refiriéndose al fenómeno de la surgencia de agua en medio del río, informaba que dicha agua «fue canalizada por los rumíes de la ciudad de Eyyo, que fue una de las ciudades sobre las que se hizo el tratado de paz por Tudmir, rey de los rumíes, con Muza ibn Nosair cuando conquistó al-Andalus». El comentario obvio fue: «Si se tomaban aguas de la fuente descrita para alguna población, debía hallarse muy inmediata y en el valle del Segura o muy próximo, porque el terreno se eleva rápidamente. A Cieza podían llegar, pero aunque hay ruinas romanas inmediatas, no sé que las haya de acueductos»⁷. La proximidad a la zona le hubiera hecho advertir el curso de dos acequias jalonadas de restos de época romana desde el mismo lugar descrito hasta el piedemonte del «oppidum», del que se recordaría siglos después de la descripción: «parece la dicha población a ser seido grande por el azequia que se sacó y tomó antiquísimamente en el dicho río de Segura, do dizen los Almadenes...y viene a morir y feneçer junto a la dicha población»⁸.

TERGIVERSACIÓN DEL CONTEXTO

A los factores de identificación ya mencionados se une el de la toponimia, para cuyo uso en la investigación histórica no es suficiente el tratamiento filológico y menos su abuso aberrante. Derivaciones etimológicas arbitrarias o deducciones gratuitas no ayudan a la objetividad y pueden tergiversar radicalmente el contexto histórico: identificar Abula con Ávila suponía transferir un «oppidum» bastitano de Ptolomeo (II,6,60) al territorio de los vetones y derivar Ello-Ellota-Elda⁹ descomponer la desinencia gentilicia de «ellotana». Contrariamente, algunas toponimias de base segura no han sido debidamente apreciadas, como la «mansio» de Aspis anterior a Ilici en la Vía Augusta del *Itinerario Antonino* con lógica identificación a la Aspe actual.

Una identificación toponímica errónea y de larga historia ha sido la de Ilorci con Lorca o Lorquí (Murcia). El error radicaba en la interpretación del texto de Plinio (*N.H.* III 9), asignando al río Thader, del que sólo se apunta su nacimiento en el mismo núcleo montañoso del Betis, la

7 FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, F.: «Monumentos de la Carthaginense pertenecientes a la época anterior a la denominación musulmana, mencionados y descritos por autores árabigos», *Revista de Arqueología*, febrero-marzo 1880, 153-158.

8 YELO, A.; MARTÍNEZ, P.; SALMERÓN, J.; RUIZ, J.: «Aportación al estudio del poblamiento y regadíos de época romana en la cabecera del Valle del Segura. Fuentes documentales y arqueológicas» *Antig. y Crist.* V 1988. 599-611.

9 MATEU Y LLOPIS, F.: «Sobre la identificación toponímica de «Elota», *Homenaje a Antonio Ballesteros*, p. 6.

3 Id., p. 263.

4 CASCALES, F.: *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia...*, 1621.

5 MERGELINA, C.: «La basílica bizantina de Algezares», *Arch. Esp. Arq.* XL 31 y 32.

6 YELO TEMPLADO, A.: «Asso. Hacia un nuevo planteamiento sobre su localización cerca de Caravaca», *Anal. Univ. Murci.* XL 3-4, 1984, 125-137.

descripción referida al curso de este último en la que se recordaba el lugar de la muerte de Cneo Escipión. La extralimitación de la campaña de los Escipiones a la cuenca del Thader (Segura) o no lejos de ella modificaba, sin duda, el contexto histórico, de lo que no se preocuparon los historiadores que han mantenido el error desde el Renacimiento hasta la actualidad¹⁰. La manía toponímica cerró también otras vías, especialmente la arqueológica, a la que ni uno solo de los eruditos recurrió.

Pascual Salmerón sí que instrumentó toda su argumentación en *La antigua Carteya, hoy Cieza...*¹¹ con toda la logística de la ciencia histórica: textos, arqueología, epigrafía numismática, toponimia, topografía... Su interés en esta disertación era la atribución a su pueblo natal de la sede de San Esicio, uno de los Siete Varones Apostólicos, la de Carcesa. ¿Cómo llegó Salmerón a concebir este proyecto de investigación? Ciertamente con la lectura del Pseudo-Dextro¹²: «Iscius Carteiae prope fretum... et Carteiae alteri...non procul Carthagine Spartaria, praedicat». El mismo fautor de los *Falsos Cronicones* le proporcionaba los elementos básicos: la lectura de Carteia por la Carcesa del relato de los Apostólicos, el pasaje de Tito Livio sin la variante «Cartala» complementado con el de Estéban de Bizancio, de lo que resultaría: «Olcadum fines...Carteiam urbem opulentam caput eius (*Liv.* XXI IV 3 y 4) y «Olcades finitimi Carthagini, quam, et novam urbem apellant». Algo decisivo sería el nombre de Catena, con que los vecinos del pueblo denominaban a la población arruinada del castillo. Prosiguiendo el examen de los textos de Livio nuevos argumentos de convergencia reafirmarían su convicción. Un marco geográfico sugerente era el de «Hasdrubal in collem satis arduum, flumine etiam obiecto tutum» junto a «Chalburn, nobilem Tartesiorum ducem...» (XXIII XXVI 9 y 6), que él comentaría a su conveniencia: «De Bolbás (que parece vestigio de Balbo, capitán de los Cartesios) se eleva un cerro angosto, que tiene delante el río Segura, y esto conviene al cerro con el río delante, que dice Tito Livio...»¹³. Y un pasaje próximo todavía «...urbem Ascuam... ingrediens Hasdrubal...» (id.2): «de la ciudad de Ascuá, que nombra, hay vestigios cerca de la sierra que llaman Ascoy»¹⁴.

Como acaba de apreciarse, además de los textos,

10 YELO TEMPLADO, A.: «Ilorci, ¿una población de la cuenca del Segura?», *Anal. Univ. Murc.* 1-2, 1977-78, 151-162. Todavía la identifican con Lorca Bosch Gimpera y Aguado Bleye en *Hist. Esp. t. II España Romana* p.30 y FHA 1935, así como Blázquez y otros en *Hist. Esp. Antig. Hispania Romana* 1978 p. 42 y *Economía de la Hispania Romana* 1978 p. 34.

11 SALMERÓN FERNÁNDEZ, P.: *La antigua Carteya, hoy Cieza...*, Madrid 1777. Se cita la ed. de 1920.

12 YELO TEMPLADO, A.: «El Cronicon del Pseudo-Dextro. Proceso de redacción», *Anal. Univ. Murc.* XLIII 1984-85, 110.

13 SALMERÓN: o.c., p. 14.

14 Id., p. 13.

toponimia y topografía, atendía a los restos arqueológicos. Con buen juicio dentro del contexto prerromano interpretaba así los restos de la población del castillo: «no se encuentran en las sobredichas ruinas vestigios de suntuosos edificios...los edificios suntuosos son obra de los romanos; y esta población antes del tiempo de ellos era de antiguos españoles... que solían tener edificios no suntuosos y a veces de piedra y barro, como advierten algunos escritores¹⁵», aunque los restos visibles para él eran de época islámica. «Con el deseo de descubrir lo que en esto se pudiese, se hicieron varias reflexiones sobre dichas ruinas y vestigios de población, y sobre algunos pasajes de antiguos historiadores»¹⁶: he aquí la arqueología y el contexto histórico; no obstante en éste la argumentación desbarró básicamente con la tergiversación «tartesios» a «cartesios», extrapolando las campañas saguntinas de Aníbal a la cuenca bética con las de sus hermanos y Escipión. No fue estéril su disertación sobre las viejas ruinas, que ocupó tantos años de su vida, pues estaba señalando un punto de especial interés arqueológico e histórico.

PSEUDOTRADICIONES Y ARQUEOLOGISMO

En los últimos años del siglo XVI una euforia de arqueologismo piadoso se hace nota dominante en toda España, donde la voz crítica de los grandes historiadores Mariana, Morales y más tarde Flórez no pudo hacerse oír. La misma idea de vestigio antiguo se adecuaba necesariamente a un hecho religioso o devocional y en torno a ciertos lugares se van formando tradiciones, que el paso de los siglos ha ido difuminando y se ha perdido su perspectiva de piadosa invención. Excavaciones posteriores hacen probable la existencia de restos arqueológicos en el lugar donde Alfonso II (792-842) edificaría la iglesia de Compostela. Es curiosa la noticia de la que se tiene por primera excavación prehistórica de España entre los años 1629 y 1639 al pie de las murallas de Baeza (Jaén), donde se creyó haber descubierto una necrópolis cristiana primitiva. La minuciosa descripción del jesuita Francisco de Vilches, promotor de esas excavaciones, ha permitido la clasificación de aquellos restos como los de una necrópolis argárica, no faltando las copas de pie alto que se asemejaban a los vasos litúrgicos¹⁷. En la construcción de la iglesia de San Nicolás de Murcia fue aprovechado un sillarejo con la inscripción «L. Petronius Celer», para cuya interpretación era imprescindible la consulta al santoral: San Petronio, el

15 Id., p. 6.

16 Id., p. 4.

17 SÁNCHEZ CANTÓN, F. J.: «Una necrópolis de la primera Edad del Bronce excavada en el siglo XVII», *Arch. Esp. de Arte y Arq.* XIV 1929, 185-192.

de Bolonia o el de Verona, habría viajado a Murcia para fundar este templo y en su cúpula quedaría representado el santo obispo con una iglesia en sus manos. En el rico suelo arqueológico de Cartagena se identificaría la Casa de los Cuatro Santos. Así se aceleraba la involucración arqueología-pseudohistoria, proceso que incentivarían y aprovecharían los Falsos Cronicones. La inscripción assotana de las Cuevas de Caravaca era noticia para el *Cronicón de Hauberto*: «Sancta Corona virgo monialis benedictina Assotae in Contestanis floret. Fuit soror Papae Bonifacii quarti. Obiit anno Domini DCXXI». Gregorio de Argáiz¹⁸ lo situaba dentro de la más pura lógica: «No todo se escribió...En Roma se descubren cada día novedades en las catacumbas y en muchos otros lugares la arqueología va extrayendo secretos del seno de la tierra: no se pueden encerrar los conocimientos históricos con las noticias poseídas hasta ahora, teniendo por inverosímil todo nuevo hallazgo».

Por aquellos años ocupan la atención general los plomos de Granada¹⁹, que se descubren presuntamente entre restos arqueológicos, y las noticias que suministran las planchas con escritura hacen que se prosigan las excavaciones con creciente interés. En torno a ellos se multiplican la diligencias ante las cortes real y pontificia y los exámenes periciales (allí está el famoso morisco Miguel de Luna descifrador de los misteriosos signos de la «ventana angélica» de Caravaca). Contra todo intento de convicción de superchería, aquellos lugares han pasado a la posteridad como «Sacro Monte» y «Convento de los Mártires». Dos siglos más tarde, cuando llegaban a Granada noticias de los descubrimientos de Herculano, un racionero de la catedral, coleccionista de antiguallas, había oído que un vecino del barrio de la Alcazaba, abriendo un sumidero en el patio de su casa, había sacado «pedras con letras». Compró la casa y las contiguas y comenzó a practicar excavaciones. Aurelio Fernández-Guerra y Orbe²⁰ pudo certificar que se trataba de un edificio de época romana con restos de capiteles, cornisamentos, estatuas e inscripciones. El tema jacobeo con el de los Siete Varones Apostólicos era el que mantenía en activo, como en siglos anteriores, el diálogo arqueología-contexto histórico: agentes del cabildo de Compostela se interesaban en obtener prue-

bas de la aparición de Santiago en Clavijo y de la autenticidad del privilegio del rey Ramiro, a lo que se daba respuesta en los descubrimientos de Granada. En la década de los 1590 se descubría en Celanova el cuerpo de San Torcuato y en Ávila el de San Segundo. También el 2 de enero de 1593 entraban solemnemente en Murcia las reliquias de San Fulgencio y Santa Florentina, que se decía estaban depositadas en la villa de Bercozana del obispado de Plasencia.

Se haría interminable un capítulo dedicado a invención de reliquias, lo que significa identificación de restos humanos atribuibles a personajes eminentes como los santos. Quede constancia del episodio de aquel caballero murciano don García que, peregrino a Santiago y a su paso por San Juan de la Peña (Huesca), había acogido el deseo de su abad de poseer las reliquias de San Indalecio, uno de los Siete Varones Apostólicos, que según las lecciones del oficio litúrgico se hallarían en Pechina (Almería). Regresó dicho caballero con dos monjes, Evancio y García, dirigiéndose a Pechina donde los dos monjes oran toda una noche para que se les mostrara el sitio preciso de la sepultura del santo. A Evancio se le apareció en sueños un joven señalándole con la mano el lugar, del que se levantaba una llama y entre ella un viejo venerable con vestiduras preciosas expresando su voluntad de marchar con los monjes. Estuvieron excavando allí toda la noche hasta que apareció una sepultura con esta inscripción: «Hic requiescit Indaletius primus Pontifex Urcitanae Civitatis, ordinatus a Sanctis Apostolis Romae»²¹. El relato se lee en un Privilegio de San Juan de la Peña fechado en 28 de marzo de 1084 (V kal. april. 1122), época de los reinos de taifas bajo la política imperialista de Alfonso VI, uno de cuyos capitanes, García Jiménez, desde el castillo de Aledo hacía constantemente entradas por tierras de Almería, mientras en Murcia era destronado Abd-ar-Rahman ibn Tahir, un hombre inmensamente rico y muy culto. Mejor que en Murcia, como quiere el relato, permanecerían tres meses los monjes en Aledo con las presuntas reliquias. La autenticidad de la inscripción de Pechina hubiese contribuido a rellenar una laguna más en el ámbito de la antigüedad como es la ubicación de Urci. Estos espacios vacíos fueron el caldo de cultivo de la literatura pseudoepígrafa.

18 ARGÁIZ, Gregorio de: *Soledad y campo laureados...* t.V *Teatro Monástico de la Provincia Cartaginense* p. V vta.

19 GODOY ALCÁNTARA, J.: *Historia crítica de los Falsos Cronicones*, Madrid 1868, pp. 44-128 y 317-333.

20 FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE, A.: *El arte en España* t.V.

21 FLÓREZ, E.: *España Sagrada* t. VIII, 225-230.